

CAPITULO X.

De la permanencia de la Santa Familia en Egipto, hasta su regreso á tierra de Israel.

Deseáramos poder señalar con exactitud el lugar del Egipto, en el que los ilustres y santos peregrinos fijaron su residencia, empero la mas comun opinion de los autores antiguos señala á Hermópolis de la Tebaida. «Aseguran los egipcios, dice Pezron en su Historia Evangélica, que José cuando huyó por miedo de Herodes con Cristo y María su Madre, se fué á Hermópolis.» El mismo autor citando á Paladino, dice que la ciudad de Hermópolis tuvo despues una iglesia, que habia sido como consagrada por la presencia de Jesucristo. Sosomeno, Nicéforo y la inspirada historiadora repetidas veces citada, hablan de varios recuerdos que existen en el Egipto de la permanencia en aquel pais de la santa y augusta familia, y entre otros hacen mencion de la fuente en que la Virgen Madre lavaba los pañales del niño Jesus, y que segun Orsini, conserva aun el nombre de *Fuente de María*.

Opina San Basilio que el Santo Matrimonio hubo de entregarse á penosos trabajos para proporcionarse el alimento, y añade la V. Agreda, á cuya narracion vamos á acomodarnos ahora por no encontrar mas abundantes noticias, que los tres primeros dias de su permanencia en aquel pais se alimentaron con el producto de la limosna que pudo roco-ger el bendito Patriarca San José, hasta tanto que encon-

trando trabajo, pudo empezar á proveerse de las cosas mas necesarias para pasar la vida. La purísima María, no queriendo que recayese todo el trabajo en su Esposo, y deseando por su parte coadyuvar al comun sostenimiento, se valió de unas mujeres piadosas que á ella se habian aficionado, para que la proporcionasen labores de mano, y como todo salia de la suya tan perfecto, no le faltó en adelante en que trabajar para alimentar á su divino Hijo. A través de este trabajo á que se habia dedicado, vivia en la tierra como si no viviese, pues su espíritu se hallaba siempre elevado en la contemplacion de Dios, al que rendia continua y fervorosa accion de gracias por el modo extraordinario con que la habia elevado y distinguido entre todas las criaturas.

Una paz santa y envidiable reinaba en la pobre morada de los fugitivos, sin que la mas mínima queja saliera de sus lábios: estaban á gran distancia de su casa, residian en una ciudad inhospitalaria é idólatra, donde no habia ni deudos ni amigos que les acompañasen ni fuesen á ofrecerles proteccion ó recursos en los dias de la escasez. Sin embargo, no solamente vivian contentos, pero ni siquiera recordaban su casa de Nazareth, donde aunque pobremente hubieran podido vivir con alguna mayor comodidad. Poco tiempo hacia que la bendita Madre y su casto Esposo habian visto á su Hijo, recibir en su cuna las adoraciones de los pastores y los reyes, y habian escuchado, rebosando sus corazones en dulces expansiones de amor, los sonoros y armoniosos himnos que en la gruta de Belen entonaron los espíritus angélicos, saludando la venida al mundo del libertador de las naciones. Ahora se ven en el mayor desamparo y nadie llega á reconocer la altísima dignidad del divino Enmanuel; empero tan extraordinaria era la conformidad que tenian con las disposiciones del cielo,

que no habia variacion alguna en sus semblantes ni en su interior, por mas que se viesen rodeados de adversidad y de trabajos. Dios por medio de su ángel les habia ordenado partiesen al Egipto: habian obedecido, y solo otro nuevo mandato les podia sacar de él, para volver á pisar el suelo de la patria.

El candor, la natural belleza, las relevantes cualidades que adornaban á la purísima Israelita, llamaban la atencion de cuantos la conocian ó la hablaban, causa porque no obstante ser el Egipto, inhospitalario, como antes hemos dicho, muchas mujeres egipcias se complacian en poderla prestar algunos servicios que no quedaron sin recompensa, pues que la Señora las prodigaba sus consuelos, y haciéndolas conocer la falsedad de los ídolos, las instruia en las mas importantes verdades. Jacobo de Valencia, que habla con algun detenimiento sobre esto, dice, que entre los beneficios que las egipcias recibieron de la Madre de Dios, fué uno, el que no peligrase de parto ninguna sobre la cual ella pusiese sus manos virginales.

«El Egipto de entonces no era por cierto el Egipto de los antiguos dias, aquel Egipto que dió Cecrope é Inacho á la Grecia, que fué visitado por Homero, Licurgo y Pitágoras, y por Jacob, José y Moisés; aquel Egipto en que el pueblo juzgaba á sus reyes despues de su muerte, y en que la nobleza de los sentimientos y la rigidez de las costumbres parecidas á los de los dias primitivos del mundo le daban fama de ciencia y de virtud. Una ignorancia grosera habia substituido á la lengua de los geroglíficos; aquellos símbolos sublimes eran mudos para una generacion degenerada: la mayor parte de sus monumentos, los obeliscos, los esfinges, los colosos, habian perdido sus relaciones con la historia y con las costumbres. Todo habia cambiado en aque-

llas riberas antes hospitalarias, menos la supersticion consagrada por el recuerdo de sus antepasados, que se habia condensado como una niebla opaca sobre aquel pais de los grandes recuerdos, que tuvo la dicha de ser visitado por el Niño-Dios, que empezaba ya á regenerarlo, sembrando la oculta semilla de aquel heroismo cristiano, que desde aquellas magestuosas soledades habia de asombrar al mundo¹»

El feroz enemigo de Jesucristo, el bárbaro é implacable Herodes habia dejado de existir, y por consiguiente habia cesado el peligro que amenazara la preciosa vida del Hijo de María, y que habia motivado la huida á Egipto. Un mensajero celestial trae á la Santa Familia la orden de abandonar la ciudad que les habia servido de refugio. Hé aquí como lo refiere el Evangelio: «Y habiendo muerto Herodes, el ángel del Señor apareció en sueños á José en Egipto diciéndole: Levántate y toma el Niño y á su Madre, y vete á tierra de Israel, por que ya murieron los que querian quitar la vida al Niño. Levantándose pues José, tomó al Niño y á su Madre, y se vino para tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en la Judea en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá, y avisado en sueños se retiró á las tierras de Galilea. Y vino á morar en una ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que habian dicho los profetas: Que será llamado Nazareno²»

No están acordes los autores acerca del tiempo que permaneció la santa familia en Egipto. San Epifanio dice que fueron dos años; Nicéforo se estiende á tres; Eusebio y el cardenal Baronio dicen que fueron siete años. Nosotros creemos mas verosmil la opinion de Pezron, que con otros autores afirma, que solo duró la permanencia de Jesus con

¹ Roca y Cornet. Historia de Jesucristo, cap. XXIX.

² Math. cap. II, 19-23.

sus padres en aquel pais diez meses. Si Herodes, como es probable, bajó al sepulcro el año 750 de Roma, y como se infiere de las palabras del Angel, el aviso fué dado á José inmediatamente despues de aquel acontecimiento, por mas que se detuviesen algunos dias en cumplimentar la órden del regreso para disponer lo necesario, es evidente que nunca llegaria al año la residencia en Egipto. No sabemos en que razon se fundan los que detienen allí siete años á la santa Familia.

Llenos del mayor gozo recibieron María y José la órden comunicada por el Angel, y tan prontos como estuvieron para obedecer cuando se les intimó la salida de Belen, lo están despues para volver á atravesar el árido camino que los habia conducido al Egipto. La Santísima Virgen, con aquella amabilidad y dulzura que le eran propias, se despidió de las piadosas egipcias, que como antes digimos habian demostrado tanto afecto á la Señora, y que seguramente sentirian la partida de los santos forasteros. Estos por su parte les dirigieron palabras de consuelo, dándole al mismo tiempo gracias por los servicios que voluntariamente les habian hecho. Cumplido este deber social, salieron los santos Peregrinos del Egipto, salvando áridas montañas, atravesando aquellos desiertos, imponentes por el silencio, que solo era interrumpido por el canto de las aves, ó por el ronco rugido de las fieras. Sin embargo, nada temian: llevaban en su compañía al que manda al viento y á las tempestades; á aquel que como Señor era dueño universal del cielo y de la tierra. Llenos de fe confiaban en la Providencia, y la Providencia les sacó á salvo de todos los peligros. Así, pues, llegaron á los términos de la Palestina: pero José tuvo noticias de que Arquelao habia sucedido en el trono á su padre, y temiendo si con la corona habria

heredado la perversidad de aquel, tomó otro camino, y sin entrar en la famosa capital de la Judea, atravesó por la tierra de la tribu de Dan y de Isacar á la inferior Galilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando á la derecha á Jerusalem, y dirigiéndose á Nazareth, como hemos visto en el sagrado testo, porque Jesus, segun estaba profetizado, habia de ser llamado Nazareno.

Ya en Nazareth, entraron en su antigua morada, la que habia sido cuidada durante su ausencia por una piadosa mujer consanguínea del bendito Patriarca José, y sin esperar á descansar de las fatigas del viaje, rindieron al Señor fervorosa accion de gracias por haberles sacado ilesos á través de tantos peligros como habian atravesado, y por la especial Providencia con que les habia asistido.